

Alejandro Bunge (1880-1943)

Un conservador defensor de la independencia económica y la soberanía nacional

Andrés Asiain •

El pensamiento económico del ingeniero Alejandro Bunge (1880-1943) ha sido fundamental en la construcción de las ideas y prácticas económicas que primaron en Argentina y gran parte del resto de América Latina durante la fase denominada de industrialización por sustitución de importaciones. Pese a su procedencia conservadora y su pertenencia a una de las familias de la elite encumbradas por el modelo agropecuario exportador, Bunge detectó en forma temprana el agotamiento de dicho esquema, y comenzó a bosquejar el nuevo modo de acumulación que regiría en Argentina durante las décadas siguientes a su deceso.

The paper deals with the economic thinking of the engineer Alejandro Bunge (1880-1943), who is considered fundamental in the construction of economic ideas and practices that prevailed in Argentina and much of the rest of Latin America during the phase known as industrialization by import substitution. Despite his conservative background and belonging to one of the elite families lofty by the exporting agricultural model, Bunge detected the depletion of this scheme, and began to design the new mode of accumulation, which ruled in Argentina during the decades following his death

1 - INTRODUCCIÓN

Alejandro Bunge (1880-1943) perteneció a los sectores dominantes de Argentina a comienzos del siglo XX. Compartía con ellos la exaltación, en el plano político y económico, de la denominada generación del ochenta, que forjó a la Argentina del granero del mundo. De pensamiento conservador, rechazaba las ideologías de izquierda que agitaban la protesta social y calificaba como “electoralistas” muchas de las mejoras sociales sancionadas por el yrigoyenismo. Como muchos otros miembros de las “clases cultas” de su época, profesaba un racismo con pretensiones científicas que lo llevaba a señalar como un privilegio argentino la existencia de pocos “negros e indios” en nuestras tierras.

Sin embargo, algunas de sus ideas económicas y sociales se alejaron de los lugares comunes de su ámbito social y de su época. Con manifiesta influencia del historicismo alemán recibida durante su formación como ingeniero en Alemania, y aplicando (entonces) novedosos métodos cuantitativos para el estudio de los fenómenos sociales, llegó a la conclusión de que el modelo agrícola-ganadero-exportador se encontraba agotado y que debía avanzarse en un desarrollo industrial volcado al mercado interno. Se convirtió, de esa manera, en un precursor de las ideas y prácticas económicas que predominaron en Argentina y gran parte de América Latina, luego de su muerte.

Pese a ello, la figura de Alejandro Bunge es prácticamente desconocida para la mayor parte de los economistas argentinos. Su pensamiento no ha sido objeto de un estudio sistemático y sólo existen breves artículos que lo abordan en forma resumida y fragmentaria. Ello contrasta con su prolífica producción de casi 10 libros, 306 artículos publicados en la revista de Economía Argentina de la que era director, y sus innumerables notas periodísticas y conferencias, que generaron relevantes aportes al

pensamiento socioeconómico y que, en su momento, tuvieron gran influencia en nuestro país, la región, e internacionalmente.

La principal hipótesis sobre las causas que llevaron a Alejandro Bunge a un lugar marginal en la historia de las ideas económicas, lo atribuye a su ideario conservador en términos políticos y sociales, y a las ideas económicas prevalecientes en la clase dominante argentina de comienzos del siglo XX. Sus propuestas industrialistas chocaban con los intereses de las clases altas que buscaban sostener a toda costa el modelo primario exportador que las había encumbrado. De ahí que fueran recibidas con “hostilidad o indiferencia; destino que suelen padecer los que se obstinan en buscar la verdad aun contradiciendo los intereses o deseos de los círculos a quienes se dirigen” [Rapoport (1984), p. 70]. Por otro lado, el industrialismo de movimientos políticos populares como el peronismo, rechazó sus posiciones políticas y sociales conservadoras. Ese no encajar en ninguna de las dos grandes posiciones que dividieron a la sociedad argentina, habría opacado su figura.

La presente investigación busca dimensionar la relevancia de los aportes “del más lúcido buceador de la economía argentina de entonces” [Romero, 1994, p. 71], cuyo pensamiento económico permitió y permite “una mejor comprensión de la estructura y el comportamiento de nuestra economía” [Rapoport (1984), p. 69].

2 - LAS IDEAS ECONÓMICAS DE ALEJANDRO BUNGE

El pensamiento económico de Bunge no fue objeto de un estudio sistemático, aunque pueden encontrarse algunos trabajos que lo abordan parcialmente¹. Respecto a las fuentes teóricas de que se nutrió, algunos autores señalan la influencia del historicismo

¹ De Imaz (1974) presenta un resumen de la vida y obra de Bunge. Diversos estudios parciales serán mencionados al abordar las temáticas abordadas por el ingeniero.

alemán, más específicamente de las ideas de Friedrich List, absorbidas durante su formación técnica en Alemania [Lucchini, Blanco y Cerra (2000)]. El impacto de las ideas económicas del autor del *Sistema Nacional de Economía Política* sobre Alejandro Bunge se manifestó en su posterior análisis de la economía argentina.

Las similitudes entre Alemania en los tiempos de List con Argentina en tiempos de Bunge facilitaron la aplicación en terreno rioplatense de las ideas que forjaron la industrialización germana. Así, mientras que en Alemania a comienzos del siglo XIX, una incipiente industrialización fue el resultado inesperado de las guerras napoleónicas que paralizaron las relaciones comerciales con Inglaterra, en Argentina a comienzos del siglo XX se presentó una situación similar como consecuencia de la primera Gran Guerra y la posterior Crisis del Treinta. En ambos casos, la incipiente industrialización por sustitución de importaciones, producto del cese temporal del comercio exterior, mostró los límites del régimen económico preexistente alumbrando, a la vez, el camino hacia su superación.

La lucha de List por abolir las aduanas internas y forjar un arancel común en la dividida Alemania de comienzos del siglo XIX, fue retomada cien años después por Bunge en su propuesta de una Unión Aduanera del Sud. Ambos vieron la necesidad de un mercado interno amplio y protegido como condición para el desarrollo industrial. La inestabilidad de los mercados externos, fuente de demanda y de capitales, fue una opinión compartida por ambos autores que pregonaron un crecimiento económico autocentrado.

Por otro lado, su rechazo a las concepciones económicas abstractas y universalistas del mundo anglosajón y a sus derivaciones de política económica liberales, dio lugar al pensamiento económico arraigado al acontecer terrenal. Así fue como List buscó en la

historia la base de sus propuestas intervencionistas, mientras Bunge lo hizo a partir de un metódico estudio cuantitativo de las estructuras económicas y sociales de su país.

Un estudio resumido del pensamiento económico de Alejandro Bunge

En esta sección se resumen los ejes centrales del pensamiento económico de Alejandro Bunge. Si bien cualquier compartimentación del pensamiento es arbitraria y reduce a un área cuestiones que involucran varias de ellas, a los fines de una exposición más sencilla, desarrollaremos las ideas económicas de Bunge de acuerdo a su posición frente a diferentes temáticas:

1) Agotamiento del modelo agropecuario exportador

Bunge detectó tempranamente el estancamiento del modelo agropecuario exportador, al observar el impacto de la Primera Guerra Mundial sobre la producción agropecuaria argentina, con sus consecuencias en materia de desempleo [Bunge (1914-5) y (1917i)] o de parálisis de la expansión de los ferrocarriles [Bunge (1918i)], desarrollado luego con abundante evidencia empírica al analizar “la crisis de las fuerzas creadoras” [Bunge 1928-30), vol. II, cap.1] y reflejado en la expansión de la economía argentina por factores internos a partir del estancamiento de su comercio exterior [Bunge (1940), cap.IX].

El proteccionismo de las potencias, con un temprano llamado de alerta a la posibilidad de que Gran Bretaña diera prioridad a sus colonias en sus compras (realizado una década antes de la firma del pacto Roca-Runciman bajo esa amenaza), y la poca complementariedad con la nueva potencia norteamericana, eran para Bunge indicadores de que la prosperidad de la economía nacional no podía seguir descansando en la expansión cuantitativa del esquema agropecuario exportador [Bunge (1922)]. Por eso se

requería la incorporación de “nuevos medios de trabajo y de nuevas fuentes de riqueza que no pueden ya encontrarse en la exclusiva extensión de los tres o cuatro grandes cultivos y del cuidado de ganado” [Bunge (1928-30), vol. I, p. 39].

Lejos del mito del liberalismo criollo, que atribuye el retraso relativo de la economía argentina frente a otras similares en el siglo XX a su vocación industrialista, para Bunge se explicaba por lo contrario. Mientras destacaba las políticas industriales que habían acelerado el crecimiento económico relativo de Canadá, Australia, Sudáfrica, India, Japón y Brasil (países cuyos aranceles aduaneros más que duplicaban los que regían en Argentina en aquellos tiempos²), señalaba:

“que una de las causas de la crisis del trabajo nacional es la fuerza de la organización de los gremios importadores y la eficacia con que durante tres generaciones vienen pesando en la política económica de este país, cuya excepcional liberalidad aduanera y demás aspectos de esa política si bien fueron útiles hasta fines del siglo pasado, están estrangulándolo y empobreciéndolo” [Bunge (1928-30), vol. II, p. 42]

2) Deterioro del precio internacional de las materias primas

En una de sus primeras obras [Bunge (1918ii)] denunciaba que la concentración de las exportaciones argentinas en pocos productos y mercados, permitía a sus compradores realizar un monopsonio que imponía la baja de sus precios de exportación, especialmente tras el abandono del liberalismo por las principales potencias económicas al estallar la Primera Guerra Mundial:

“los países que dirigen la economía internacional, que son predominantemente manufactureros, han conseguido inteligentemente que baje el precio de los

² Bunge (1928-30), vol. I, p. 13-81 y 191.

alimentos y las materias primas que ellos importan y que se mantengan relativamente elevados los precios de sus principales manufacturas; con esto han bajado el estándar de vida de los que se concretan a producir cereales y carnes y se ha mantenido el nivel de vida de los que conciben, producen y venden predominantemente manufacturas” [Bunge (1928-30), vol. I, p. 216]

Para contrarrestarlo, ya en 1917 proponía una concentración de las exportaciones para, de ser necesario, reducir la oferta y hacer subir su precio [Bunge (1920)]. El monopolio estatal del comercio exterior volvería a ser propuesto ante el estallido de la Segunda Guerra Mundial, para defender los precios mundiales de las exportaciones argentinas [Revista de Economía (1942)].

Otro aporte a la teoría del deterioro del precio internacional de las materias primas frente al de los productos industriales, lo realizó en unas notas publicadas en La Nación el 14 de julio de 1930 [Revista de Economía (1930ii)], donde mostraba la correlación entre la devaluación del peso argentino y la caída del precio internacional del trigo. Al respecto, elaboraba dos hipótesis explicativas:

- a- Que nuestro déficit externo haya provocado una devaluación, que estimuló internamente la exportación de trigo a pesar de la contracción de la demanda internacional, provocando una baja de su precio internacional.
- b- Que el déficit externo incite tanto la desvalorización de la moneda local, como la liquidación de las ventas a cualquier precio de nuestros exportadores.

Vinculado a la anterior explicación, señalaba el comportamiento diferencial de las exportaciones de los países “astros” y “satélites” ante la crisis de 1929, donde los países exportadores de bienes industriales disminuyeron los volúmenes de sus ventas a precios

estables, mientras que los demás incrementaron los volúmenes de bienes primarios exportados pero a precios declinantes [Revista de Economía (1934i), p.170].

Una tercera hipótesis explicativa del deterioro de los precios relativos de las materias primas frente a los bienes industriales, lo atribuía al lento crecimiento poblacional de los países industriales frente al permanente incremento de la producción en los países exportadores de bienes primarios, junto al hecho de que en

“la ordenación del comercio internacional concertada por los astros, se fijó un nivel de vida muy superior para los productores de las manufacturas -que ellos predominantemente exportaban- que el acordado al productor de las materias primas que ellos importaban; todo lo cual pudo hacerse por ser los astros los árbitros del comercio internacional, del fraccionamiento, de la distribución, de los transportes, del crédito y de los seguros, y por ser los satélites sus deudores y subordinados técnicos y financieros” [Revista de Economía (1934i), p. 5]

3) Países astros y países satélites

En Bunge (1922) puede encontrarse una de sus primeras referencias a la existencia de países “astros” y países “satélites”, al indicar la necesidad de “abandonar la política pasiva, de salir de la órbita que a nosotros, satélites, nos trazaron los astros, de definir y practicar, de una vez por todas, la política económica que responda a la mejor adaptación de nuestra sociedad a nuestro territorio”. Una “nueva política que no será esclava ni copia de las demás; ni será excluyente sino concurrente” y que, desde su punto de vista socialmente conservador, sería el fruto de una reacción nacionalista de las elites, perspectiva que la historia demostraría como errada: “es necesario convencerse de que esta reacción no debe esperarse del pueblo, debe venir, ante todo, de los de

arriba, de los que tienen más cultura, más tradición, más capacidad económica” [Bunge (1922)].

Para Bunge, tanto la Primera Guerra Mundial, como la crisis de 1929, precipitaron el camino hacia nuestra independencia económica:

“Del mismo modo que a principios del siglo pasado, una conmoción internacional fue el punto de arranque de nuestra independencia política, la guerra de principios de este siglo, cuyos efectos económicos aún perduran, ha resultado el punto de partida de otra liberación. La que habrá de independizarnos de aquellas naciones con cuya experiencia y capital habíamos asociado nuestro patrimonio geográfico, en la forma en que se vinculan los satélites a los astros cuando se mueven en sus órbitas y reciben su luz” [Revista de economía (1932i), p.229-330].

Luego indicaba que la crisis internacional era beneficiosa, ya que ponía en evidencia la necesidad de desarrollar nuestra “iniciativa y la acción creadora”:

“Ante la comprobación de que somos los árbitros mundiales del pan y la carne, estamos ya haciendo más diversa nuestra producción. Ante la evidencia de que no podemos seguir pagando las excesivas importaciones con el crédito de los astros proveedores, estamos reduciendo aceleradamente las compras en el exterior y sustituyéndolas con el similar nacional. Ante la evidencia de que sólo del balance internacional de pagos depende el valor de nuestra moneda en el exterior, y de que no podremos ya cubrir con oro ajeno las diferencias, estamos ya nivelándolas. Ante la evidencia de que ya no podemos hacer obras públicas y cubrir el déficit con empréstitos externos, nos aprestamos a nivelar el presupuesto y a crear el crédito interno. Ante la evidencia de que nuestro régimen monetario, nuestro régimen bancario y del crédito, y nuestro régimen de habilitación industrial y financiero, no

responden a las necesidades de nuestra vida independiente, se ha formado ya la conciencia de la necesidad de reformarlos y se dan los primeros pasos de emergencia. Y ante la evidencia de que la técnica y los capitales ya no nos lloverán del exterior, tratamos mejor a los que nos hicieron una potencia económica y a los que aún pueden venir, y vamos formando, con nuestros propios medios, los propios instrumentos creadores. Estamos llegando, señores, a la conquista total y definitiva de nuestra independencia económica y financiera” [Revista de economía (1932i), p.357].

4) Industrialización por sustitución de importaciones

Una de las principales vías que Bunge proponía para superar el estancamiento económico provocado por el agotamiento del modelo agropecuario exportador, era el desarrollo de la industria. La principal herramienta para ello, era su protección de la competencia del artículo importado mediante aranceles aduaneros. La necesidad de un alza de tarifas fue señalada con especial énfasis al finalizar la Primera Guerra Mundial, la reanudación del comercio amenazaba a las industrias desarrolladas de manera incipiente en los años anteriores (y propiciada nuevamente poco antes de morir, para cuando finalizara la Segunda Guerra Mundial).

En el plano teórico, Bunge denunciaba la “teoría del rendimiento absoluto y de la utilidad máxima” donde cada país “se dedique a producir muy barato, algunos artículos y los cambien con los de las demás zonas” [Bunge (1922)]. Proponía, en cambio, “una política económica racional, según la cual debe estudiarse en cada caso, al formular esa política, si conviene que se importe el artículo libre de derechos, o bien con un derecho protector, que no son atentatorios a los intereses de otras naciones ni contrarios al desarrollo del comercio internacional” [Bunge (1928-30), vol. III, p. 103-4].

Él mismo redactó proyectos de ley acorde a su doctrina del comercio exterior, proponiendo aranceles bajos para las materias primas no producidas localmente, altos para los bienes elaborados que compiten con la producción nacional, y prohibitivos para los consumos suntuarios o que compiten con industrias nacionales en crisis [Revista de Economía (1924i)]. También participó en los primeros debates sobre el *dumping* (ingreso de productos extranjeros por debajo del precio de mercado para ganar el mercado local destruyendo la competencia), proponiendo leyes contra esa práctica de comercio desleal [Revista de Economía (1924ii)].

Para Bunge se debía fomentar tanto las industrias que elaboraban materias primas nacionales (como el algodón, las carnes, el vino, el azúcar, etc.), como otras basadas en materias primas importadas o el reciclado. Así apoyaba el desarrollo de la siderurgia mediante el reciclado o la importación del hierro, poniendo como ejemplo el desarrollo siderúrgico italiano (país que no contaba con importantes fuentes de materias primas y que reciclaba hierro usado que importaba desde Argentina, entre otros países). Tales opiniones parecen poco compatibles con las ideas que el economista Juan Llach atribuye a Bunge, al afirmar que la “necesidad de la *industria pesada* tampoco figuró entre sus desvelos” [Llach (1985), p.23]. Por el contrario, para Bunge: “En la empresa de fomento del trabajo nacional y de la industria propia, debe dedicarse atención muy particular al fomento de las industrias metalúrgicas que están al servicio de todas las demás” [Revista de Economía (1926i)].

Respecto al impacto de la política de sustitución de importaciones sobre su monto en divisas, Bunge detectó tempranamente algunas cuestiones de dinámica temporal que ocuparían, décadas más tardes, un lugar central de los debates sobre la industrialización:

“a) el desarrollo industrial origina, durante un largo período, la importación de maquinaria y útiles de gran valor que acrecen el patrimonio nacional, por tratarse de

artículos productivos, no perecederos. Al mismo tiempo acrecen la capacidad de compra del exterior para productos argentinos;

b) las nuevas industrias no pueden contar sino paulatinamente, y en parte nunca, con ciertas materias primas (como ocurre con las del caucho en todos los grandes países industriales, en ninguno de los cuales hay materia prima), ni con ciertas materias semielaboradas que todos los países industriales deben comprar en el exterior, lo cual crea un mercado que en parte sustituye al del producto terminado;

c) la importación de esas materias llega en algunos casos a superar en valor a la anterior importación de productos terminados, por cuanto la fabricación nacional estimula el consumo interno;

d) el progreso general del mundo y los cambios de las costumbres hacen que constantemente estemos importando nuevos artículos que substituyen a los que dejamos de importar;

e) el nivel general de la vida y la capacidad de consumo de la población aumenta con el desarrollo industrial y ello se refleja en las importaciones” [Revista de Economía (1938), p. 346].

5) Unión Aduanera del Sud

Una política recomendada por Bunge para fortalecer la autonomía frente a los astros y favorecer el desarrollo industrial, era la eliminación de las aduanas propias y el establecimiento de un arancel común entre varios países de Sudamérica, que permitiera el desarrollo de las economías de escala y el aprovechamiento de la diversidad de las materias primas de la región.

Bunge realizó la primera formulación de su propuesta de una “Unión Económica del Sud”, en 1909, en el Teatro Municipal de Manheim, Alemania. Tomando como fuente

de inspiración la prédica de List que resultara en la experiencia del *Zollverein*³, proponía la unión de Argentina, Chile, Bolivia, Paraguay y Uruguay⁴, que en conjunto tenían una superficie similar a E.E.U.U. o Europa (sin Rusia), pero con mayor variedad de climas y posibles producciones. Señalaba que el fuerte crecimiento vegetativo permitiría alcanzar la población de las otras dos regiones en un par de generaciones. La unión permitiría resolver el problema energético y de abastecimiento de hierro para el desarrollo industrial, además de crear un cuasi monopolio mundial en el suministro de ciertas materias primas que no se hallaban en otras partes del globo.

Para su instrumentación, proponía establecer un arancel externo común e ir reduciendo paulatinamente los internos. La duración de la unión era de veinte años renovables. Terminaba señalando que con “ello nos iríamos acercando al viejo y bello ideal de tantos eminentes estadistas e inspirados poetas argentinos y americanos” [Bunge (1928-30), vol. IV, p. 60].

6) País abanico (desigualdades regionales)

El concepto de “país abanico” elaborado en su obra póstuma [Bunge (1940), cap. X], fue el fruto de la maduración de su estudio de las desigualdades regionales de la Argentina desarrolladas al calor del modelo agropecuario exportador. Dividiendo a nuestro país en tres zonas delimitadas como semicírculos con epicentro en el puerto de Buenos Aires⁵, mostraba las desigualdades entre ellas. A partir de abundante información empírica, indicaba que la población y varios indicadores de progreso socioeconómico se concentraban en la zona más cercana al puerto, disminuyendo a medida que se alejaban del mismo.

³ Unión aduanera de los Estados de Alemania realizada el 1 de enero de 1834.

⁴ Más adelante y en consonancia con el plan Pinedo, incorporó a Brasil en la Unión [Bunge (1940), cap.XII].

⁵ En Bunge (1928-30), dividía el país en dos semicírculos.

Para evitar el despoblamiento de las zonas más alejadas de la ciudad de Buenos Aires, proponía una campaña para erradicar el paludismo⁶ y la realización de las obras necesarias para dar acceso al agua potable a toda su población [Bunge (1928-30), vol. I, p.114-5]. En materia económica, planteaba la posibilidad de subsidiar las tarifas ferroviarias de las zonas más alejadas, financiadas con un sobreprecio a las tarifas de la zona pampeana. También pregonaba la defensa de las producciones regionales mediante tarifas aduaneras que las protegieran a ellas y a las industrias que las utilizaban como insumos en la producción [Bunge (1928-30), vol. I, p.115-7]. Por último, propiciaba la nacionalización de una serie de impuestos y su coparticipación privilegiando en la distribución, no a las zonas que más recaudaban, sino a las menos desarrolladas, lo mismo que en materia de distribución geográfica de las obras públicas [Bunge (1928-30), vol. I, p.119]⁷.

7) Vivienda obrera

La preocupación por la problemática de la vivienda obrera aparece en su primer trabajo estadístico como director de la división de estadísticas del Departamento Nacional del Trabajo [Bunge (1914-5)]. En sus estadísticas sobre el poder de compra del salario, mostraba que el precio de la vivienda medido en salarios, era más elevado en nuestro país que en otras naciones. Indicaba que ello no se solucionaba incrementando el salario monetario, ya que terminaría induciendo aumentos en el costo de acceso a la vivienda [Bunge (1940), cap. XVI].

Sus propuestas sobre la temática iban desde la imposición creciente a los baldíos y casas deshabitadas [Revista de Economía Argentina (1920ii)] hasta la construcción de casas

⁶ Obra que realizaría el colaborador de la Revista de Economía, Ramón Carrillo, veinte años después, cuando se desempeñó como ministro de Salud bajo el primer gobierno de Juan Perón

⁷ El primer sistema de coparticipación de impuestos se implementó en 1935.

baratas financiadas mediante el estímulo al crédito hipotecario, la colocación de títulos públicos [Revista de Economía Argentina (1937)], un impuesto a las “altas rentas” y un mayor gravamen sobre las herencias [Revista de Economía (1939i)]. Para Bunge, la construcción de viviendas, utilizando en lo posible materiales nacionales, era además, una política para relanzar la economía, especialmente ante el impacto de la crisis o las guerras internacionales que derrumbaban la demanda externa.

8) Latifundio social

El agotamiento del modelo agropecuario exportador, profundizaba la problemática rural de una ganadería, con baja demanda de brazos, y una agricultura extensiva con mayoría de colonos arrendatarios que no accedían a la propiedad de la tierra (especialmente después de la crisis de 1890) y veían limitada la posibilidad de diversificar cultivos e introducir mejores, por los contratos de arriendos [Revista de Economía Argentina (1919i)]. La consecuencia era el empobrecimiento del trabajador rural, el despoblamiento del campo, junto a la dificultad de establecer una producción de alimentos para el mercado interno variada y de bajo costo (no a costa de las condiciones de vida del trabajador, sino del aumento de la productividad).

Para revertir esa situación, proponía modificar la concepción “crudamente comercial” de la tierra, que la considera “como a cualquier otra mercancía que se compra y se vende, al contado o a plazos, con la mayor ganancia posible, tanto mayor cuanto menor son las parcelas en que se divide” [Bunge (1940), p. 349-50]. Señalaba que el cambio en las condiciones internacionales que habían puesto un límite a la valorización de las tierras mediante su explotación extensiva, era un buen contexto para introducir el concepto “social” de la tierra.

Distinguía el latifundio “geográfico” dado por la cantidad de hectáreas acumuladas, del “social” dado por el valor de las propiedades acumuladas. Proponía cobrar un impuesto progresivo a éste último (incluyendo propiedades rurales y urbanas, y excluyendo el valor de las mejoras realizadas) que forzara a los propietarios a vender parte de sus propiedades rurales al Estado a cambio de títulos públicos que pagaran el 2,5% anual (2% de interés y 0,5% de amortización). Ese mismo porcentaje era el que debían pagar los productores arrendatarios para acceder a la propiedad de esas tierras.

El acceso a la tierra debía estar condicionado a un plan de producción diversificado de tipo granja (al estilo norteamericano), y sería acompañado de la construcción por el Estado de casas dignas y del acceso a “la escuela, la iglesia, la justicia, la profilaxis, la sociabilidad, la cooperativa y el camino” [Bunge (1940), p. 369]. De esa manera, estimaba que se podían instalar, como mínimo, 100.000 agricultores familiares en veinte años.

9) Deuda y restricción externa

La problemática del endeudamiento externo público era para Bunge un tema de divisas y no de presupuesto⁸, pregonando que su solución se hallaba en el fomento de la sustitución de importaciones y no en las políticas de ajuste fiscal. En términos del equilibrio cambiario, teniendo en cuenta que la deuda externa generaba el pago de intereses en divisas, indicaba que la “venida de nuestros recursos del exterior sólo es compatible con el simultáneo crecimiento de las exportaciones. Cuando ese crecimiento se detiene empieza a resultar perturbador el aumento de las emisiones públicas y privadas en el exterior” [Bunge (1940), p. 273].

⁸ En ello se posicionaba del lado de Keynes en el contemporáneo debate sobre el pago de las *reparaciones* impuestas por los Aliados a la derrotada Alemania y anticipaba la posición de algunos economistas latinoamericanos en el análisis de la Crisis de la Deuda de finales del siglo XIX.

Si bien coyunturalmente propició el endeudamiento externo público por razones, no de presupuesto, sino externas como las desatadas por la crisis mundial de 1929 [Revista de Economía (1930i)], en términos generales recomendaba el desendeudamiento como una forma de ganar independencia económica frente a los países astros. Así, festejaba que los saldos del comercio exterior acumulados durante la Primera Guerra Mundial, habían permitido revertir la situación financiera externa de Argentina, cancelando deuda y brindando algunos créditos de forma que lográramos “nuestra definitiva emancipación económica” [Bunge (1922)]. Más adelante, propuso la suba de los aranceles para reducir en un tercio el monto de las importaciones, nivel que estimaba suficiente para encarar una política de crecimiento con un superávit externo que permitiera desendeudarnos [Bunge (1928-30), vol. I, p. 188-9].

En momentos de contracción del crédito, de las inversiones externas y del mercado para nuestras exportaciones, como el de los primeros años de la década de 1930, Bunge planteaba que la sustitución de importaciones, la restricción a la remisión de utilidades y la suspensión del pago de intereses por la deuda externa, eran la respuesta natural a ese bloqueo externo sobre nuestra economía [Revista de Economía (1933ii)]. Rechazaba como método de ajuste del sector externo al “reajuste por la inflación de la moneda” que implicaba una fuerte desvalorización de la moneda nacional; “el reajuste por medio de los gastos fiscales, ni de la baja de salarios ni de la de los fletes”; o “las economías individuales, que reduciendo el consumo reducen la producción y agravan la crisis del trabajo nacional” [Bunge (1928-30), vol. II, p. 48-9].

10) El Capital

En los tiempos del agotamiento del modelo agropecuario exportador, Bunge señaló que el capital “en nuestro país, es sinónimo de capitalistas, y capitalistas es sinónimo de

estancieros o de burgués lustroso, obeso y enriquecido, que *no necesita trabajar*” [Bunge (1928-30), vol. II, p. 117]. Pero al ingeniero no le interesaba ese capital, sino los grandes “capitales sociales”, sin importarle demasiado quien fuera su propietario, sino que contribuyera al desarrollo de las fuerzas de la producción:

“No nos preocupa mayormente que los valores representativos de esos capitales, que son instrumentos de trabajo y *herramienta* moderna y eficiente, estén en manos de pocos o de muchas personas. Preferimos que estén tan *distribuidos y diseminados* como sea posible, pero lo que nos interesa es que estén bien organizados y que el país esté económicamente preparado para estimular a los capitales creadores, los cuales desempeñan una función social y democrática en la sociedad moderna” [Bunge (1928-30), vol. II, p. 117-8].

“Esos grandes capitales tienen algunas veces la apariencia de capitales individuales (... ..), a pesar de que son, sin embargo, tan sociales como los de la más popular sociedad anónima o cooperativa” [Bunge (1928-30), vol. II, p. 123].

El capital, para Bunge, “no es otra cosa que trabajo, trabajo acumulado, que pasa a ser herramienta para trabajar mejor y con nuevo y mayor provecho para todos” [Bunge (1928-30), vol. II, p. 123]. Por eso afirmaba que “poblar es atraer, crear y organizar capitales” [Bunge (1928-30), vol. II, p. 124].

Bunge tenía una visión sobre el papel del capital extranjero en la economía nacional, similar a la que expresaría el desarrollismo de Frigerio décadas más tarde. Desde su punto de vista, el capital extranjero bien orientado podía contribuir al despegue de nuestras fuerzas productivas, permitiéndonos avanzar en nuestra autonomía económica:

“A los factores patrimonio territorial y brazos tendremos que asociar muchos cientos de millones de pesos de capital extranjero y ello ha de traernos, aunque parezca

paradojal el hecho, una mayor acentuación de nuestra autonomía y de nuestra individualidad política, siempre que procedamos con acierto en la absorción de esos capitales reproductivos (... ..) Podemos así anticipar que nuestra autonomía económica depende, en primer término, de la cooperación de los capitales extranjeros, a los cuales debemos alentar y estimular conservando nosotros el contralor en la orientación de nuestra producción y de nuestro trabajo” [Bunge (1928-30), vol. II, p. 86].

11) El Trabajo

La mejora de las condiciones de vida de la clase obrera dependía, según Bunge, del desarrollo de las fuerzas productivas nacionales, tanto por la creación de puestos de trabajo para reducir el desempleo obrero, como por ser la garantía de una mejora real en las remuneraciones. Ya en Bunge (1917ii), plantea que los salarios argentinos son elevados en divisas pero bajos en poder de compra interno; es decir, la peor de las combinaciones posibles en la disyuntiva económica entre equidad y competitividad. Desde esa perspectiva, se oponía a los reclamos de reducción de la jornada de trabajo, de implementación del sistema jubilatorio, de participación obrera en las utilidades, y otros derechos laborales, por considerar que disminuían y encarecían la producción, profundizando la tendencia a elevar el costo en divisas del salario y disminuir su poder de compra interno [Bunge (1920); Revista de Economía (1924ii)].

Respecto a los salarios nominales, se oponía a los aumentos como forma de incremento del salario real, pero le parecían razonables los aumentos para compensar la pérdida de poder adquisitivo por la inflación, proponiendo su indexación a cambio de la renuncia gremial a iniciar huelgas [Revista de Economía (1937)]. Para abaratar el salario en divisas y mejorar su poder de compra interno, proponía además de incrementar la

productividad, abaratar el precio interno de los exportables, con regulaciones a la exportación de carne y disminuyendo los intermediarios internos [Revista de Economía (1918i)], o con retenciones móviles a la exportación de trigo subsidiando además el precio interno con lo recaudado [Revista de Economía (1937)].

El abaratamiento de los productos mediante su importación, no era para Bunge una vía de mejora real de los salarios, ya que al destruir las producciones locales, generaba desempleo y afectaba los ingresos de los trabajadores:

“Hay, sin embargo, quizá pocos caminos tan directos y seguros para *encarecer* la vida como el libre cambio absoluto. Es también uno de los más seguros caminos para retroceder en el grado de civilización. *Costo de la vida* es un término relativo expresado por la capacidad para producir y para adquirir elementos de bienestar” [Bunge (1922)].

Desde su punto de vista, la “creencia de que el librecambio abarata la vida es generalmente, más que una opinión, la política de aquellos países que pueden tener interés particular en que sus productos manufacturados se introduzcan con facilidad en el exterior” [Bunge (1922)].

12) Estado y finanzas públicas

Ya en una de sus primeras obras [Bunge (1917ii)], abordaba el estudio de una posible reforma tributaria, que volviera la estructura impositiva más equitativa, cayendo menos en contribuciones indirectas y mayormente en directas sobre los sectores de mayor ingreso. Proponía un impuesto a la renta (a los ingresos), con una tasa fija general (del 2%) y otra progresiva de acuerdo al nivel de ingresos del individuo (que iba del 1 al 10%) [Revista de Economía (1918)]. También fue autor del proyecto de un impuesto a

la herencia [Revista de Economía (1932i)], al “latifundio social” [Revista de Economía (1937)] y del alza de los aranceles a la importación, aunque esto último con fines de protección de la producción nacional más que fiscales [Bunge (1928-30), cap. V-VI]. También pregonaba contra los impuestos provinciales, que encarecían la producción y generaban doble imposición, impulsando la unificación nacional del sistema tributario [Revista de Economía (1924ii)].

En sus críticas a Yrigoyen, rechazaba el déficit público por el excesivo gasto salarial, pugnando por un presupuesto equilibrado incluso en momentos de contracción económica como en 1930. Más adelante, flexibilizaría esa idea al apoyar el presupuesto con déficit de Pinedo, indicando que los gastos no podían reducirse más, ni los impuestos incrementarse, por lo que era preferible la emisión de moneda para sostener el gasto público, a una contracción del mismo que profundizara la recesión [Revista de Economía (1934ii)]. Sin embargo, su propuesta habitual en términos de política contracíclica, era la expansión del gasto en infraestructura y vivienda financiada mediante la emisión de títulos públicos, junto a una política de sustitución de importaciones [Revista de Economía (1930ii)].

En materia de deuda pública, tanto Bunge como sus colaboradores en la revista, apoyaban la reconversión de la deuda “flotante” (de muy corto plazo en permanente renovación), en títulos públicos de largo plazo que permitieran posponer y ordenar los pagos en el tiempo [Revista de Economía, varios números]. También veían inconveniente la emisión de títulos en el exterior ya que “el alza de los cambios equivale, en sus efectos, a que la deuda pública hubiera aumentado de golpe” [Bunge (1940), p.270].

Bunge avalaba una función reguladora y coordinadora del Estado en la economía, apoyando la creación de juntas y comisiones reguladoras y asesoras como la “Junta

Reguladora de Granos”, el control de cambios, la consolidación de la deuda pública, la creación del banco central, las reformas impositivas, leyes sectoriales y sociales y tratados de comercio durante los gobiernos conservadores de los años treinta, llegando a proponer la realización de “un plan quinquenal o decenal de desarrollo armónico de nuestra economía, que nos vaya librando paulatinamente de la esclavitud originada por la necesidad de vender excesivos saldos de producción agrícola” ante el estallido de la Segunda Guerra Mundial [Revista de Economía (1942), p. 71].

Sin embargo, rechazaba la idea de un Estado que intervenga directamente en la administración de las empresas. Decía que había que aprender de la experiencia de administración de ferrocarriles norteamericana el desastre que era el Estado empresario [La Nación de diciembre de 1928; Revista de Economía (1936)]. Esa sugestiva recomendación se daba en el contexto de la visita del presidente Hoover a nuestro país, para presionar contra la sanción de una ley que reservaba al Estado la explotación de los hidrocarburos, afectando los intereses de petroleras como la norteamericana Standard Oil⁹.

Para Bunge era conveniente la prohibición de la exportación de hidrocarburos hasta obtener el autoabastecimiento y el apoyo a la explotación estatal de los hidrocarburos, pero sin que ello signifique que no puedan participar también empresas privadas ya que el “industrialismo o socialismo de Estado es, en general, el mayor veneno económico de un país” [Revista de Economía (1930i), p. 403]. Sostenía que la necesidad para el desarrollo industrial del autoabastecimiento energético debía obtenerse fomentando todas las inversiones posibles, incluyendo la extranjera y la conformación de empresas mixtas. Respecto a quienes se oponían al capital extranjero en nombre del patriotismo

⁹ Ley que sería finalmente descartada gracias al golpe de Uriburu. El *golpe con olor a petróleo* se produjo un día antes de celebrarse elecciones provinciales que hubieran dado mayoría parlamentaria al yrygoyenismo, y que hubieran permitido la sanción de la ley.

señalaba que “oponerse a la venida de capitales extranjeros –ingleses, franceses o norteamericanos, no hago distingos- es oponerse al desarrollo y progreso del país y a su independencia económica” [Revista de Economía (1930i), p. 415].

13) Moneda y sistema financiero

En materia monetaria, el principal aporte de Bunge trataba sobre la medición del poder de compra de la moneda mediante la utilización de números índices para seguir la evolución de los precios. La inflación era entonces algo novedoso que había reaparecido en el mundo luego de muchos años de estabilidad de precios, en el marco de la primera Guerra Mundial y el abandono del patrón oro. Bunge participó en forma destacada, junto a Bowley (Inglaterra) y Fisher (EE.UU.), en los primeros debates internacionales sobre cómo medir la inflación a través del uso de números índices y su utilidad para comparar el poder de compra de la moneda en el tiempo y entre países:

“La moneda no deja de ser útil, sin corrección alguna, para medir y comparar el valor de los bienes en un momento dado y en una misma región. Pero no es utilizable, sin corrección –es lo que en síntesis sostengo- para medir la diferencia de valor de dos épocas distintas y aún en dos regiones distintas” [Revista de Economía (1919ii)].

Respecto a la política monetaria, si bien mantuvo la postura habitual de la época del patrón oro, en momentos de déficit en las cuentas externas y, por el esquema de caja de conversión entonces vigente, ello implicaba una contracción del circulante interno, se mostró a favor de flexibilizar el sistema de conversión y permitir la emisión, especialmente a través de redescuentos para financiar al Estado y los bancos [Revista de Economía (1929ii), n° 138].

Respecto al sistema financiero, Bunge consideró que los “bancos, el ahorro, el crédito, las empresas emisoras, el redescuento, son, bien manejados, elementos *creadores* de capitales” [Bunge (1928-30), vol. II, p. 122]. Sin embargo, en el caso argentino, la gran masa de ahorros se dirigía a la especulación en valores hipotecarios o en depósitos de ahorro en bancos que terminaban financiando préstamos al consumo. De esa manera, no contribuían a la creación de capital ya que no permitían financiar obras de infraestructura o inversiones productivas [Revista de Economía (1938)].

14) Inflación

Puede señalarse, sin exagerar, que Bunge desarrolló la primer tesis estructuralista de la inflación. La teoría fue publicada en un artículo titulado “La unidad de valor”, donde redactaba su polémica con el padre del monetarismo, el economista estadounidense Irvin Fisher, en una sobremesa en la casa de aquel. Allí Bunge refutó la tesis de Fisher sobre una inflación por causas monetarias o de exceso de demanda para Argentina, brindando una explicación alternativa según la cual la:

“fuerte demanda del exterior elevó los precios de nuestros productos, lo cual repercute hasta en los de nuestro pan y nuestra carne de consumo y, por otra parte, el alza de los artículos manufacturados, que nos hemos acostumbrado a recibir del extranjero, tuvo por consecuencia que, aún reduciendo nuestras importaciones a un tercio, por muchas causas concurrentes, pagamos tanto por ellas como antes de la guerra. Un alza, que oscilaba 30 y 70 por ciento para nuestros productos y entre 100 y 400 por ciento para nuestras importaciones, tenía que influir necesariamente en nuestros precios, a pesar de no existir inflación monetaria; más de un tercio de nuestros consumos manufactureros provenían del exterior y exportamos dos quintos de nuestra producción (... ..) Entretanto, y debido a la persistencia del alza que parecía no detenerse, toda la vida

económica se fue *ajustando* a esos nuevos divisores comunes. Los salarios subieron en igual proporción (... ..). Todo se amoldó a la fuerte baja del poder adquisitivo de la moneda”. [Revista de Economía (1921ii)]

15) Consumo

La dependencia económica de los países satélites frente a los astros, se traducían en pautas culturales que la reforzaban. Una de ellas era el hábito de consumo de bienes importados, especialmente por parte de las elites “cosmopolitas” para las cuáles son “pecados graves de la alta cultura argentina y pruebas de ausencia de refinamiento, tener su casa puesta, vestir y alimentarse con productos argentinos” [Bunge (1922)]. También predicaba a la mujer dedicada a las tareas del hogar, la necesidad de evitar despilfarros en el consumo hogareño, evitar intermediarios innecesarios en las compras, ser previsor en los gastos y ahorros, reducir los desperdicios que, en el nivel de la economía nacional, asociaba con privilegiar el consumo de productos nacionales, de estación, que utilicen insumos fabricados en el país [Bunge (1928-30)]

16) Transporte

En la opinión de Bunge, la ley Mitre representaba sin haberlo querido, “uno de los éxitos más grandes alcanzados por la legislación económica argentina” [Bunge (1928-30), vol. II, p. 138]. Ello era así porque establecía un valor del capital ferroviario según el monto invertido originalmente (*capital estabilizado*) y no aceptaba el concepto de *capital de reproducción* que fijaba, por ejemplo, la corte suprema de los EE.UU. Como la utilidad máxima estaba atada al valor del capital a una tasa de interés del 6,8% (alta inicialmente), la pérdida de valor del capital a valor estabilizado a medida que aumentaban los precios, generó “una confiscación a favor del productor y del cargador

argentinos y en contra de los tenedores de títulos ferroviarios” [Bunge (1928-30), vol. II, p. 138].

Planteaba la necesidad de complementar el ferrocarril con el transporte automotor (y no superponerlo), dejando el primero para los caminos largos y el segundo para caminos de acarreo a las estaciones de tren y otros puntos de producción y comercialización [Revista de Economía (1929i), n° 130]. También impulsaba la creación de una marina mercante nacional para reducir el costo de los fletes y generar un ahorro de divisas [Revista de economía (1935i)].

17) Educación

Criticó la falta de escuelas intermedias técnicas con una educación que refleje “en lo posible a las actividades predominantes de cada región y a la orientación vocacional” [Bunge (1940), p. 463], especialmente cuando la mayor parte de la mano de obra no tenía una especialización, hecho que redundaba en una baja productividad del trabajo. Señalaba como principal falencia del sistema educativo en todos los órdenes, el método de enseñanza “enciclopédico y uniforme, contrario al desarrollo del espíritu de investigación, y guillotinator de las iniciativas y de las facultades vocacionales” [Revista de Economía (1936), p. 263; Bunge (1928-30), vol. I, p.64-5].

3. CONCLUSIÓN

En el presente artículo se abordó el pensamiento económico de Alejandro Bunge, estableciendo a su figura como una de las claves para rastrear los primeros pasos hacia la consolidación de un nuevo paradigma de pensamiento y práctica económica en nuestro país y la región, propio de la etapa de industrialización por sustitución de importaciones que predominó en gran parte del siglo XX. Pese a su procedencia

conservadora y de pertenecer a una de las familias de la elite encumbradas por el esquema agropecuario exportador, Bunge detectó en forma temprana el agotamiento de dicho modelo, comenzando a trazar los bosquejos del nuevo modo de acumulación de capital por venir: “Debemos convencernos, señores, que esta es la última generación de importadores y estancieros. En la próxima generación, la de nuestros hijos, el predominio será de los granjeros y de los industriales” [Bunge (1928-30), vol. I, p. 33].

En su prolífica labor intelectual no quedó tema por tratar de la agenda que concentraría el esfuerzo reflexivo de los intelectuales de la región en las décadas posteriores. Los cambios en la configuración de la economía mundial y su impacto regional, manifestado en fenómenos como el deterioro del precio de las materias primas respecto a los bienes industriales; la división del sistema económico mundial en dos categorías de países, astros-satélites; la vinculación entre deuda externa y dependencia económica; los desafíos de la industrialización frente a las necesidades de importaciones; el rol de los capitales internos y externos en el desarrollo de las fuerzas productivas; la dependencia cultural manifestada en un perfil de consumo de los satélites, favorable al producto importado desde los astros; la integración productiva regional y las escalas industriales; las desigualdades entre las regiones dentro de un país y su vinculación con el modo de acumulación orientado a la exportación de productos primarios; la problemática de la vivienda obrera y de falta de acceso a la propiedad de la tierra por el campesino; son algunos de los puntos donde las contribuciones del ingeniero fueron de relevancia.

4. BIBLIOGRAFÍA

Bunge, Alejandro (1914-5), *Anuario Estadístico del Trabajo*, Informes, vol. I, año 1913 y vol. II, año 1914, Buenos Aires, Talleres gráficos A. de Martino.

Bunge, Alejandro (1917i), *La desocupación en Argentina*. Buenos Aires, R. Herrando y Cía.

Bunge, Alejandro (1917ii), *Riqueza y renta de la Argentina. Su distribución y capacidad contributiva*, Buenos Aires, Agencia general de librería y publicaciones.

Bunge, Alejandro (1918i), *Ferrocarriles Argentinos, contribución al estudio del patrimonio nacional*, Buenos Aires, Imprenta Mercantali.

Bunge, Alejandro (1918ii), *Intercambio de la República Argentina en los años 1910 a 1917 (contribución a una política económica internacional argentina)*, Buenos Aires.

Bunge, Alejandro (1920), *Los problemas económicos del presente*, Buenos Aires.

Bunge, Alejandro (1922), *Las industrias del Norte. Contribución al estudio de una nueva política argentina*, Buenos Aires.

Bunge, Alejandro (1928-30), *La Economía Argentina*, 4 volúmenes, Buenos Aires.

Bunge, Alejandro (1940), *Una Nueva Argentina*, Ed, Kraft, Buenos Aires, Reeditado por Hyspamérica en 1984.

De Imaz, José Luis (1974), "Alejandro E. Bunge, economista y sociólogo (1880-1943)", en *Desarrollo Económico*, vol. 14, n° 55, octubre-diciembre, p. 545-67.

Lucchini, Cristina, Blanco, Teodoro y Ángel Cerra (2000). "El pensamiento industrialista argentino en el período de entreguerras. El estudio de un caso: la influencia de List en Bunge", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 11, n° 2 (julio – diciembre). Disponible en http://www1.tau.ac.il/eial/index.php?option=com_content&task=view&id=431&Itemid=206

Llach, Juan (1985), “Alejandro Bunge, la Revista de Economía Argentina y los orígenes del estancamiento económico argentino”, en *La Argentina que no fue*. Buenos Aires: IDES.

Rapoport, Mario (1984), *De Pellegrini a Martínez de Hoz: el modelo liberal*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.

Revista de Economía (1918), año 1, tomo I, n° 1-5. Buenos Aires.

Revista de Economía (1919i), año 1, tomo II, n° 7-12. Buenos Aires.

Revista de Economía (1919ii), año 2, tomo III, n° 13-18. Buenos Aires.

Revista de Economía (1920ii), año 3, tomo V, n° 25-30. Buenos Aires.

Revista de Economía (1921ii), año 4, tomo VII, n° 37-42. Buenos Aires.

Revista de Economía (1924i), año 6, tomo XII, n° 67-72. Buenos Aires.

Revista de Economía (1924ii), año 7, tomo XIII, n° 73-78. Buenos Aires.

Revista de Economía (1926i), año 8, tomo XVI, n° 91-96. Buenos Aires.

Revista de Economía (1929i), año 11, tomo XXII, n° 127-132. Buenos Aires.

Revista de Economía (1929ii), año 12, tomo XXIII, n° 133-138. Buenos Aires.

Revista de Economía (1930i), año 12, tomo XXIV, n° 139-144. Buenos Aires.

Revista de Economía (1930ii), año 13, tomo XXV, n° 145-150. Buenos Aires.

Revista de Economía (1932i), año 14, tomo XXVIII, n° 163-168. Buenos Aires.

Revista de Economía (1933ii), año 16, tomo XXXI, n° 181-186. Buenos Aires.

Revista de Economía (1934i), año 16, tomo XXXII, n° 187-192. Buenos Aires.

Revista de Economía (1934ii), año 17, tomo XXXIII, n° 193-198. Buenos Aires.

Revista de Economía (1935), año 17, tomo XXXIV, n° 199-210. Buenos Aires.

Revista de Economía (1936), año 18, tomo XXXV, n° 211-222. Buenos Aires.

Revista de Economía (1937), año 19, tomo XXXVI, n° 223-234. Buenos Aires.

Revista de Economía (1938), año 20, tomo XXXVII, n° 235-246. Buenos Aires.

Revista de Economía (1942), año 24, tomo XLI, n° 283-294. Buenos Aires.

Romero, Luis Alberto (1994), *Breve historia contemporánea de la Argentina*, FCE, Buenos Aires.